tan importante y significativa, conviene advertir que nuestro modo de comprender la religión no debe ser imputado al catolicismo. Me estremezco de pensar lo que en España hubiese pasado, si fuésemos protestantes á la manera que somos católicos. Aunque la Inquisición ahogó en España los gérmenes de la propaganda reformista, poseemos en nuestra historia ejemplares de reformadores, cien veces más ardientes, más implacables, más cerradamente fanáticos que los inquisidores mismos. El catolicismo, con sus dogmas tan humanos, con su misticismo artístico y tierno, con su alto sentido cosmopolita, pudo al contrario dulcificarnos, suavizar nuestro carácter. No fué el catolicismo quien nos echó á perder; fuimos nosotros quienes lo desquiciamos. Pues qué, ¿acaso no hemos visto recientemente á parte de España esperando señal ó pretexto para encender otra vez la guerra civil, y al gran León XIII, al augusto anciano que ama la paz, negando el pretexto, predicando la concordia, tratando de evitar que el catolicismo militante español sea lo que por desdicha ha llegado á ser en estos últimos tiempos un partido político y no más?

A fin de demostrar que el patriotismo español, hoy dormido, procede por súbitos accesos, recordaré el episodio del *Peral*. Hará cosa de diez años, corrió la voz de que un marino, Isaac Peral: había encontrado el secreto de la navegación submarina. Fué una explosión de júbilo y un endiosamiento. No faltó quien opinase que debía esperarse el resultado de las pruebas definitivas, pero á éstos se les tuvo por gentes apocadas y suspicaces, por espíritus faltos de noble calor. Peral se vió llevado en triunfo, hasta tal extremo que, según decían, le fué preciso delegar en un joven marino amigo suyo la tarea de recibir abrazos. He visto pasar al ídolo: delirante multitud rodeaba su coche. Y no era sólo la plebe: eran las gentes de fuste, los hombres políticos, las Cortes, quienes saludaban vencedor á Peral. Al salir de Palacio, donde la reina acababa de entregarle un sable de honor, Peral tartamudeaba: se le iba la cabeza. Mas las pruebas no salieron bien; el invento fué primero discutido, luego negado, y á vuelta de poco tiempo, el hombre en quien España había encarnado su ensueño milagroso, el que queríamos hacer almirante y duque, ganaba humildemente su vida instalando el teléfono y la luz eléctrica. Mis conversaciones con Peral me convencieron de su buena fe: parecióme tan sincero como Don Quijote al punto de cabalgar en el Clavileño, con el cual gráficamente ha sido comparado el famoso submarino. También España entera creía cruzar el quinto cielo á lomos del fantástico bridón. En cierto sentido era profético el instinto de España; en lo que respecta á la importancia capital de cuanto se relaciona con la defensa de las costas y preparativos de una guerra marítima. No es caso raro que el instinto popular español pueda guiar

al gobierno inepto ó negligente. En la desastrosa campaña que acabamos de sufrir, el olfato del pueblo era seguro, y si nuestras escuadras hubiesen ido por donde la gente suponía, quizá no comprase el enemigo tan barata la victoria.

Respecto á las otras afirmaciones de la leyenda, diré que el español no desdeña los bienes materiales, sino los medios de adquirirlos, si requieren asiduo esfuerzo. Siempre la improvisación, siempre el escopetazo: por eso prospera tanto la lotería. Se puede afirmar que por la apatía industrial de la mayor parte de los españoles (exceptúo á vizcaínos y catalanes) se ha cerrado la era de los pronunciamientos y algaradas políticas, pues los capitales se emplean en valores del Estado y hay mucha gente interesada en cortar el cupón sin susto.

Otro efecto deplorable de la misma apatía industrial es la conocida empleomanía; los gobernantes crean sin descanso plazas inútiles con el fin de colocar á parientes y ahijados, y por entenderse así la cuestión de personal roen nuestra administración la inmoralidad y el abuso. El desinterés español, sólo en la leyenda existe. Sin ir más lejos, estos días los periódicos de Madrid remueven un charco de cieno, que obliga al ejército á constituir tribunales de honor para juzgar á los acusados. El español sucumbe como los demás hombres á la tentación de enriquecerse pronto y sin gran molestia; no por eso es menos cierto que

si para enriquecerse hace falta esforzarse mucho, prefiere el español pasarlo mal. Nos acusa nuestra leyenda negra de haber estrujado las colonias. Cualquiera que venga detrás las estrujará doble, sólo que con arte y maña.

En cuanto á la galantería española y al culto de la mujer, ¡leyenda y más leyenda! No son las leyes españolas—excepto en lo relativo á la constitución de la familia—desfavorables á la mujer; las costumbres sí, y á menudo, en lo consuetudinario, la mujer española no encuentra, no diré galantería, ni aun cortesía y respeto. La mujer, en España, está autorizada para cursar en Institutos y Universidades; mas si lo hace, causa extrañeza é incurre en reprobación tácita ó explícita; las familias no se atreven á desafiar el criterio general, y no queda á la mujer más salida que el matrimonio, y, en las clases pobres, el servicio doméstico, la mendicidad y la prostitución. Millones de mujeres españolas no saben leer ni escribir.—He hablado de la estabilidad, ó mejor dicho, estratificación social que tienen por ideal difuso tantos españoles: tratándose de la mujer, se acentúa la tendencia: toda evolución escandaliza en la mujer. Para el español, la mujer es el eje inmóvil del planeta. Curioso estudio el de las ideas de los pensadores españoles más avanzados cuando de la mujer se trata; curioso ver lo ridículo y lo absurdo que les parece concederla derechos. Sólo para el hogar, exclaman, ha nacido la mujer. Caso nota-

ble: las luchas por sostener el derecho de una mujer á regir el Estado, ensangrentaron á España durante medio siglo: en el momento presente, otra mujer ciñe la corona: la mujer, por consiguiente, puede en España, hacer y deshacer ministerios, declarar la guerra y sancionar la paz—pero no despachar un expediente en una oficina. Error profundo, imaginar que adelantará la raza mientras la mujer se estacione. Al pararse la mujer, párase todo; el hogar detiene la evolución, y como no es posible estancarse enteramente, vendrá el retroceso. En muchos sentidos ha sido regresivo el movimiento de España.

Funestísima considero nuestra leyenda dorada, porque al persuadirnos de que no nos faltaba cualidad ni virtud, nos sugirió que no debíamos variar, é impidió que aprendiésemos con el ejemplo de otras naciones más activas y prósperas. Nuestra pereza—acaso la fatiga que sigue á largos combates y espléndidas victorias—se avino bien con la quietud, y la literatura, donde la voluntad latente de la raza se expresa y se reconoce á sí misma, ofreció complaciente su mágico espejo en que el pasado refléjase envuelto en luminosa aureola. Ya nuestro romanticismo, con Zorrilla y el duque de Rivas, había sido más épico y tradicional que lírico é innovador: después la insigne novelista Fernán Caballero se alzó contra toda novedad y cambio, encontrando la verdad y la sana filosofía en las preocupaciones y en las sencillas ideas populares. La revolución que destronó á la hija de Fernando VII, no hizo más que exaltar, por acción y reacción, el espíritu legendista en escritores y lectores; y la misma prensa liberal, fiel agradadora del público, ensalzó á los autores que nos ofrecen por modelo las costumbres y el espíritu de antaño. Fué *bueno* y simpático el escritor cuando se hizo apologista de la inmovilidad española contra el movimiento europeo: renegar de la cultura extranjera, alardear de españolismo exclusivista y celoso, era camino para abrir á los libros el hogar, y al escritor los salones y la Academia: y he oído alabar en un novelista que posee ciertamente otros méritos, el mérito de ignorar los idiomas extranjeros más usuales y de no haber abierto en su vida una novela francesa. No por eso deja de ser España un país donde las novelas francesas se leen bastante, sobre todo cuando meten ruido, y donde se imita, arregla y adapta sin cesar del francés: lo que pasa es que nadie reconoce que ha bebido en las fuentes malditas.

Entre los síntomas del pacto de la literatura con el pasado, cuento las numerosas obras dramáticas enderezadas á condenar los negocios y la industria, bajo el nombre de usura, agio y grosero positivismo. En defender esta tesis coincidieron autores reaccionarios y liberales: cierto que los liberales españoles, cuando cultivan las letras, son los primeros que se dejan influir por la leyenda y la pseudo-tradición.

Sería poco leal acusar á todos sin acusarme á mí misma esplícitamente. Sí, he sido legendista, sobre todo en mi juventud, en los años entusiastas. He visto pasar el fantasma de la tradición que se aparece á los españoles, y he seguido sus huellas. No sin lucha, no sin hondo sufrimiento he tenido que discernir al cabo la verdadera situación de la patria, y sólo en virtud de imperativo mandato de la conciencia he llegado á mi actitud presente; á condenar, no la tradición propiamente dicha, sino la mentira convencional disfrazada de tradición.

Prefiero la inconsecuencia á la impenitencia, y no conozco más medios de rectificar ideas erróneas sino los que he empleado; la lectura, los viajes, la observación diaria, la vida, en suma. Tiempo hacía ya que había comprendido la vanidad de la leyenda; pero al atreverme á decirlo, me maltrataban: hace años, un párrafo acerca del estado de nuestro ejército y los probables resultados de una guerra amotinó contra mí á los patrioteros y á los legendistas belicosos, aunque supe después que ilustres estadistas y pundonorosos militares eran enteramente de mi parecer. ¿Hay que decirlo todo? A veces, en tal atmósfera, he llegado á dudar de la realidad que palpaba, del testimonio de mi razón. Cansada y desalentada solía volver al legendismo. Cerraba los ojos por no ver la España actual; miraba únicamente hacia el pasado; el pasado era estético, y la estética consuela.

Llega, sin embargo, un momento en que aflige renegar del presente, en que la leyenda palidece y la realidad se impone; y en ese momento me veía obligada á reconocer mal de mi grado que mi patria, no obstante ciertos pujos de progreso,—al cabo una nación nunca permanece del todo refractaria á la vida moderna—era cada día más africana.

Quien se empeña en permanecer estacionario, por ley natural llega á despreciar el movimiento científico y la cultura. No hay que extrañar el estado de la instrucción pública en España, ni es maravilla que todo nuestro presupuesto de instrucción pública sea muy inferior al que la ciudad de París destina á los mismos fines. Un municipio francés gasta más en enseñanza que toda la nación española. Consagramos á la instrucción pública un 1 ½ por 100 del presupuesto nacional: menos que Portugal, por consiguiente, pues este diminuto reino consagra 2 ½ por 100.

La estadística registra doce millones de súbditos españoles enteramente analfabetos. Cierto que los ayuntamientos sufragan las escuelas públicas; pero ¡qué escuelas y qué material de enseñanza! Harto sabido es, además, cómo se paga á los maestros: los periódicos festivos y los saineteros y zarzueleros hallan tema inagotable en la crónica gazuza de infelices á quienes se ha visto mendigar en calles y plazuelas. Tenemos bastantes Universidades, demasiadas quizá, pero ya

no se estudia por lo serio ni existe la fraternidad escolar antigua: la juventud aspira á graduarse y licenciarse de prisa y corriendo, y sepa ó no sepa las asignaturas; los estudiantes libres peregrinan de ciudad en ciudad en busca de profesores renombrados por su indulgencia; los de enseñanza oficial se pasan el año pidiendo vacaciones y *puntos;* todo sirve de pretexto para no asistir á clase; la Navidad cierra durante un mes las aulas. Los métodos de enseñanza son instables, atrasados y defectuosos; no se aprende más que por libros, sobre cuya calidad habría mucho que decir; ya no se cultivan las humanidades, ya no hay latinistas y todavía no hay ciencia experimental: en la enseñanza, como en todo, España ha perdido las adquisiciones del tiempo viejo y rechazado las del nuevo. Bien sé que podrían citarse excepciones honrosas y hasta gloriosas: acude á mis labios el nombre de Ramón y Cajal: pero la excepción, en nuestra raza, donde el individuo superior apenas influye sobre la colectividad, no sirve más que para confirmar la regla.

El recio valladar de ignorancia y también de odio que se opone á la cultura sofoca todo hálito intelectual y no le permite llegar hasta el fondo del alma española. Dormidas las energías intelectuales por falta de estímulo, hállanse pervertidas las del sentimiento y de la voluntad por el desastroso influjo de una política egoísta y mezquina que se desenvuelve sin cbstáculos y que ha llegado á inficionar totalmente el organismo de la nación. Hay unanimidad en maldecir de esta política asfixiante; nadie sabe qué hacer para desterrarla. Es una máquina de múltiples ruedas que nos tiene cogidos en sus engranajes; la ponen en movimiento desde Madrid; el resorte está en el despacho del ministro y á su impulso se agita hasta el último español, ajeno de seguro á tales manejos, pero obligado á votar y proceder según ordene el omnipotente *cacique,* nombre que se da familiarmente á los tiranuelos de la política local. Dirigida por fuerzas fatales, persuadida de la inutilidad de la lucha, la masa popular española llega á mirar con criminal indiferencia los más graves sucesos; que nos arranquen nuestras colonias, que no nos quede una pulgada del mundo que descubrimos, que cruja siniestramente la unidad nacional, no habrá de alterarse la fúnebre serenidad del pueblo, y el monstruoso fenómeno de una nación convertida en estatua, será corolario y complemento de la resignación y pasiva obediencia con que esa misma nación infeliz suministró el contingente de reclutas, los trescientos mil muchachos que fueron á temblar de fiebre y á morir de hambre bajo el tórrido cielo de las Antillas. Tan apática obediencia acusa, delata la falta de espontaneidad para reaccionar, la fibra profunda del sentimiento que se atrofia en todo pueblo cuando se convence de que su esfuerzo es inútil.

Haga lo que haga el labriego, el obrero, el artesano, no se libertará del cacique, de las tiranías locales, del fisco, del Estado, de los poderes misteriosos y maléficos que le envuelven por doquiera. No hay sino ofrecer la garganta al cuchillo, pagar los onerosos impuestos repartidos como place á la arbitrariedad política, dar el hijo ó quedarse en camisa para redimirle; alzar los hombros si nos vence el enemigo, y cuando la paciencia se acabe y la necesidad apriete, embarcarse para la América del Sur. La emigración, una de nuestras grandes plagas, es obra de la impía política que crea el desastroso estado económico. Emigran los españoles con el corazón lleno de nostalgia, pero al fin emigran, y España que, digámoslo en honra suya, no se despuebla por el maltusianismo, se despuebla por la política de maldición, sin ideales y hasta sin programa, que padece.

Muchas páginas llenaría si quisiese explicar las contradicciones de nuestra política interior. No conozco otra más dañina, y sin embargo debo declarar que por lo común los grandes estadistas y políticos españoles no son prevaricadores ni explotadores de oficio como el vulgo cree. Rara vez hemos visto que con la política se labren fortunas; lo más que sucede es que á la sombra y amparo de la política se hagan negocios. Hombres políticos que han ejercido alta influencia mueren pobres, después de vivir con modestia suma; y el caso de Castelar, árbitro un día de los destinos de

España y á quien mantiene su pluma con diaria labor, no es el único que podría citarse.

Los que sacan fruto de nuestro desastroso sistema de oligarquía, son los agentes subalternos; la inmoralidad empieza más abajo de la frente é invade el cuerpo todo. Como lo que el pueblo ve de cerca y sufre, es precisamente la caterva de agentes secundarios, más codiciosos que ambiciosos, juzga á todos iguales, no cree en nadie ni en nada, y los dos estados del alma española son, de un lado, el romántico optimismo legendista, de otro, el pesimismo estéril y devastador. Así se explica la mezcla de patrióticas ilusiones y de sacrílega indiferencia que se produjo antes, durante y después de la guerra; así se comprenden las baladronadas de la patriotería que pensaba llegar á New-York en triunfo, y las rachas separatistas de Vizcaya y Cataluña.

Si me propusiese encarnar los dos estados del alma española en dos eminentes personajes que los representan, nombraría á Emilio Castelar y á Cánovas del Castillo. El inimitable artista que se llama Castelar, embelesado con las bellezas de nuestro suelo y los prestigios de nuestra historia, satisfecho con haber conseguido, en galardón de sus combates juveniles, el establecimiento de ciertas instituciones democráticas, entre ellas el sufragio y el jurado, ha sido optimista y legendista hasta el año terrible de 1898, que disipó la dorada neblina y mostró á sus ojos una España más infe-

liz que en los días del Guadalete.—En cuanto á la ilustre víctima del anarquista Angiolillo, fué el pesimista que juzgaba á sus contemporáneos y á su país con tinte de desencanto incurable. Sabía mejor que nadie distinguir y estimar á los individuos superiores, pero en la masa no creía: cerebro potente, veía debilitarse el pensamiento de la raza á medida que decaían los estudios y la disciplina intelectual; Presidente del Consejo, con casi ilimitadas atribuciones, veía de muy cerca la bajeza y la adulación, y á pesar suyo probaba el amargor del menosprecio. Entendía Castelar que en España estaba hecho todo; suponía Cánovas que en España nada se puede hacer. Y nótese que, cada cual á su modo, eran ambos acérrimos patriotas; que se les saltaban las lágrimas ante la perspectiva de los desastres que sobre España se cernían. Nótese que Cánovas pagó con su vida y Castelar con su salud el terrible momento que atravesamos. Sólo Dios puede saber lo que hubiesen hecho en pro de su país, á tener Cánovas esperanza y fe, Castelar escepticismo y frío análisis.

Para resumir: España, desde esta deshecha borrasca en que lo ha perdido todo, también ha perdido su leyenda; y sorprende descubrir la verdadera fisonomía de una nación á quien creímos pronta á los arranques del heroísmo desesperado, y, por el contrario, se nos presenta como anestesiada y atónita, semicontenta de haber salido del

paso, inclinada á dar gracias porque la libertan, sea como fuere, de colonias que,—ahora está en moda esta incalificable opinión,—nada valían y sólo reportaban beneficios á los productores catalanes.

Y aquí del problema: ¿qué va á ser de una España tan diversa de la que fantaseábamos; una España de empobrecida sangre, de agotados nervios de mal cultivada inteligencia? ¿A qué nos asiremos para salvarnos, nosotros que sólo vivíamos por nuestros heroicos muertos, ahora que por fuerza hemos de enterrarlos y buscarnos á nosotros mismos? Una exigua minoría, llena de celo, arrostrando la general indiferencia, aspira á despertar las energías españolas, exponiendo sin temor la extensión del daño, y de reemplazar el ideal legendista por el ideal de la renovación, del trabajo y del esfuerzo. No sé si algo conseguirá esta minoría; sé que cumple su deber, y que por medio de esta Conferencia me asocio á su tarea patriótica.

He supuesto que la leyenda se desvanece y disipa hoy; temo, sin embargo, que aún subsista, y hasta se levante amenazadora—como los dragones de boca flamígera que vemos pintados en los retablos—queriendo tragarse á los que osamos ser veraces. Requiérese cierto valor cuando hay que hablar en el extranjero de la patria española. No ha de faltarme este valor profesional, ya que otra clase de valor no es á mí á quien España podía exigirlo.

Y pues mi sinceridad me autoriza, tengo derecho á afirmar que la contraleyenda española, la leyenda negra, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha é ignominia de la civilización en los Estados Unidos, es mil veces más embustera que la leyenda dorada. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros tiempos; por el contrario, la leyenda negra falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas, que no merece ni los honores del análisis. El tal novelón nos ha perjudicado, pues por absurda que sea la calumnia, siempre habrá quien la crea y propale; pero nada hubiese podido la calumnia contra nosotros, si nuestros yerros no colaborasen con nuestros calumniadores para llevarnos al abismo.

El día en que la historia se escriba imparcialmente; cuando acaben de despojarnos y el denigrarnos no tenga objeto alguno, reconocerá el mundo que si hemos sido colonizadores inhábiles, no hemos sido ni más crueles ni tan rapaces como esos anglo-sajones, cuyo ejemplo, propuesto ahora á las naciones mediterráneas, puede enseñarnos la adquisividad y el instinto de apropiación, pero no la lealtad y la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

L. Mallada.—*Los males de la patria y la futura Revolución española.*

No se ha publicado de este libro más que la primera parte, *Los males de la patria* (un tomo, Madrid, 1890). Llama la atención la claridad con que el Sr. Mallada preveía, hace nueve años, el desarrollo de los acontecimientos que España acaba de padecer. Detenidamente y con copia de datos trata el Sr. Mallada los puntos siguientes: Pobreza del suelo español.—Defectos del carácter nacional.—Malestar de la agricultura.—Atraso de la industria y del comercio.—La inmoralidad pública.—El desbarajuste administrativo.—Nuestros partidos políticos.—La idea del libro resúmela en la introducción el Sr. Mallada, escribiendo: "Queremos juzgar á la patria de hoy puestos los ojos en la patria de mañana, como la juzgaría un extranjero enteramente imparcial, ó como nos juzgará la historia dentro de medio siglo. Sin más esperanza que en